

**Dr. CARLOS BUTLER<sup>1</sup>**

**Algo sobre enseñanza de la Medicina**

**EL HOSPITAL DE CLÍNICAS**

**Conferencia dada en la AEM el 13 de agosto de 1920**

**Montevideo, Tipografía "La Industrial", Reconquista 640, 1921**

**Estimados estudiantes:**

**¿Cuál es la suprema finalidad de la noble carrera cuyo estudio habéis emprendido? ¿Cuál es la obra superior que debéis realizar con el empuje de vuestras energías y con el calor de vuestro entusiasmo? Es la obra humana más útil y más bella: la salud perfecta de los pueblos.**

**Es por este fin elevado que el médico debe luchar en nuestra sociedad, como debe luchar en todas las sociedades, para acercarse a esa hermosa idealidad. ¿Y cómo cumplirá ese deber y se aproximará a ese ideal? ¿Y cómo cumplirá ese deber y se aproximará a ese ideal? Con el afán perseverante de obtener la mayor amplitud y perfección en sus conocimientos y con la honesta e inteligente aplicación de los mismos. No basta haber hecho una carrera universitaria brillante y haber dejado una estela luminosa al pasar por los claustros de la Facultad. ¡No! La carrera no termina con el título; recién empieza con él. Por eso, a pesar de haber estudiado con excelentes programas, en textos insuperables, con profesores de nota, y haber obtenido clasificaciones sobresalientes, es necesario seguir constantemente en la búsqueda de la propia perfección. Por consiguiente, si tienen enorme importancia para vosotros, como lo habéis demostrado en la última reunión del Profesorado, los medios y los métodos de estudios durante vuestra vida universitaria, tienen que tenerla también los medios que han de permitir os ampliar esos conocimientos, favorecer vuestros trabajos y estimular vuestra producción científica, en el curso de toda la carrera que habéis emprendido.**

**No es suficiente tener una Facultad de Medicina perfectamente montada para que nuestro país ocupe un digno puesto bajo el punto de vista científico. Nuestro valer, en este rango, dependerá de dos cosas: de la buena preparación profesional y de la buena y abundante producción científica.**

**¿Y cómo conseguir que vosotros, los estudiantes de hoy y los médicos de mañana, podáis alcanzar una preparación más perfecta y**

---

<sup>1</sup> CARLOS BUTLER (1879-1948). Cortesía de Sandra Burgues Roca, Dpto. de Historia de la Medicina, Facultad de Medicina, Montevideo, Uruguay.

podáis tener, una vez egresados de la Facultad, un campo con vastos horizontes para el desarrollo de elevadas especulaciones científicas, donde podáis demostrar vuestras condiciones para la observación, para la producción y para las justas del saber y de la experiencia? ¿Cómo hacer para que el Uruguay ocupe un lugar digno, elevado, dentro de las demás naciones, por su capacidad científica? Rompiendo los antiguos moldes que nos mantienen cristalizados hace cincuenta años; dando una nueva orientación a la enseñanza de la medicina; haciendo más vastos, más completos, nuestros deficientes servicios clínicos y hospitalarios, y dando una nueva organización, un gran impulso, a nuestras sociedades médicas. Y en esta obra, de impostergable necesidad para nuestro país, si se le quiere digno de la consideración de los demás, vosotros seréis, con vuestro entusiasmo por todo lo que representa una noble idealidad, una fuerza capaz de obtener su realización.

Es con el fin de ponernos lo más pronto posible a la altura que deseamos y debemos ocupar en materia de enseñanza, de servicios clínicos y de corporaciones científicas, que todos, profesores, médicos y estudiantes, en perfecta y cordial armonía, debemos pugnar con firme perseverancia, con fe inquebrantable en el triunfo, porque el triunfo de nuestra causa significa el cumplimiento de una justa y patriótica aspiración profesional.

Este perfeccionamiento impostergable debe realizarse, pues, sobre estos tres puntos fundamentales:

- 1°. Enseñanza.
- 2°. Servicios clínicos y hospitalarios.
- 3°. Corporaciones científicas.

En lo que se refiere a la enseñanza debe estudiarse lo que corresponde al estudiante y lo que corresponde al profesor.

El estudiante requiere, para llegar a ser un buen médico, una enseñanza moral y una enseñanza técnica. La primera debe tener como base la vocación profesional, es decir, un conjunto de cualidades morales que lo lleven espontáneamente a aceptar todos los sacrificios que el estudio y el ejercicio de la medicina puedan presentarle, sin exigir más recompensa que la satisfacción que proporciona la conciencia del deber cumplido. Esta enseñanza moral debe merecer del profesorado un cuidado esmerado y debe ser hecha en un curso especial que se ocupe de los deberes y derechos que tiene el médico dentro de la sociedad. El estudio de estos deberes correspondería a la *deontología* (lo que es preciso hacer) y a la *diceología* (lo que es justo hacer). Pero, mientras no sea posible en nuestra Facultad tener un curso de deontología médica, la enseñanza moral del estudiante debe ser hecha por el maestro, indicándole siempre que la oportunidad se presente, cuáles son las reglas de conducta que debe seguir en cada

caso, de modo a guiarlo y fortificarlo constantemente en su formación moral.

Pero, volvemos a repetirlo: esta enseñanza moral, hoy tan descuidada y tan importante para el médico que debe llenar una acción compleja dentro de la sociedad, requiere como base fundamental la vocación, sin la cual esa acción será ineficaz, como será imperfecta su preparación técnica.

La enseñanza técnica del estudiante debe hacerse por medio de un organismo pedagógico completo, que esté constituido por:

1°. Un personal docente idóneo, conciente de su tarea y en número proporcionado a los estudiantes.

2°. Un material de enseñanza adecuado y abundante (hospitales, institutos, laboratorios, museos y bibliotecas).

El personal docente (profesores titulares, agregados, jefes de clínicas, jefes de laboratorios, etc.), deben presentar la garantía de competencia que proporciona el concurso y en este concurso deben tener una importancia capital, decisiva, los trabajos científicos que hayan hecho los aspirantes. La rotación o pase de una cátedra a otra y la designación directa deben ser reservados a casos excepcionales, en que los méritos y la competencia son indiscutibles e insuperables, y deben ser desterrados de nuestra Facultad como una práctica corriente por su acción perjudicial para la buena enseñanza. Pero, no solo es necesario asegurarse por el concurso de trabajos y méritos de la competencia del profesorado, sino que es necesario que el desempeño de las cátedras esté limitado por la edad hasta la cual es posible un ejercicio útil, sin desfallecimientos, de las facultades intelectuales. Es decir, es necesario el retiro obligatorio del profesorado, antes que empiecen las claudicaciones de la vejez, para dar entrada así a los más jóvenes y más capaces por sus energías y por su preparación.

*"Salve senescentem"* (desengancha tu caballo, que está viejo) es el consejo que da Horacio, en sus célebres Epístolas, a los escritores, y, en general, a todos aquellos que por su edad deben pensar en retirarse.

Pero no bastan estas condiciones, para que la enseñanza se haga bien, es necesario que ese personal, seleccionado solo por su competencia y laboriosidad, sea todo lo numeroso que las necesidades lo exijan. El profesor titular debe estar rodeado de un personal docente completo, de un verdadero estado mayor de trabajadores estudiosos (profesores agregados, jefes de clínica y de laboratorio), en número ilimitado, siempre dispuestos a completar su tarea pedagógica, siempre dispuestos a dedicar a la enseñanza todas sus energías y todo su entusiasmo durante las horas que ella requiere, sin hacer resentir las tareas pedagógicas por las tareas profesionales extra-universitarias.

Si exactitud y devoción debe exigirse al estudiante, por qué no ha de exigirse lo mismo del profesorado, que es quien debe enseñar a la juventud, no solo la medicina, sino cómo debe enseñarse la medicina? Y esto no lo podrá hacer nunca el profesor llegando a última hora y permaneciendo en las clínicas o laboratorios breves instantes, como si otra tarea, que debe ser secundaria para él, lo tuviera sobre ascuas y lo atrajera a otro lugar. El tiempo que se pierde diariamente en la enseñanza práctica del estudiante difícilmente se recupera y hace resentir sensiblemente la preparación del futuro médico. Nunca más exacta, en lo que se refiere al empleo de nuestro tiempo, en los hospitales e institutos, que la conocida locución inglesa "time is money". Yo en este caso, diría más: el "tiempo es ciencia".

Es necesario, pues, que el profesor emplee generosamente su preparación y su vida en la noble y elevada misión de la enseñanza, en la formación moral y técnica de sus discípulos. El que descuide o no sepa llegar a esta superior finalidad del profesorado, no debe y no puede pertenecer a él.

Pero esta noble misión no debe estar reservada únicamente a los que han pasado por las pruebas exigidas por los reglamentos universitarios, ella debe ser desempeñada también, en beneficio de la juventud estudiosa, por muchos que no han querido o no han podido pasar por ellos, pero que tienen la inteligencia y la preparación necesaria para contribuir, con brillo, a la formación de excelentes profesionales. Al lado de los profesores oficiales, hoy día, deben existir los profesores libres, que merezcan este título por su experiencia y por su valiosa producción científica. "La Facultad debería tener el derecho de ir a buscar los talentos por todo donde ellos se encontraran", ha dicho F. Helme, uno de los más brillantes escritores médicos de la Francia contemporánea. Con ello se descongestionarían los servicios oficiales, los estudiantes no estarían expuestos a dejar de ver y de oír por las aglomeraciones y el profesorado ordinario sentiría el saludable y estimulante acicate de la noble competencia científica. Pero, es necesario algo más: tanto unos profesores como otros, los ordinarios como los libres, no deberían tener definitivamente el título de tales hasta que hubieran demostrado por un tiempo prudencial, - que podría ser de un año escolar, - *que desean y que saben enseñar*.

La buena enseñanza de la medicina no depende únicamente de la competencia de los maestros y de las condiciones intelectuales y de laboriosidad de los maestros y de las condiciones intelectuales y de laboriosidad de los alumnos, depende también de cómo esté organizada esa enseñanza, de cómo los estudiantes puedan sacar el mayor provecho de su concurrencia a los anfiteatros, a los laboratorios, a las clínicas y a los museos.

¿Y cómo obtener esto? Con un personal docente apto para enseñar y consciente de su misión, que cuente con un material pedagógico adecuado al fin que se quiere alcanzar. De qué sirve que exista un personal docente inmejorable para enseñar, si no se tienen los medios para hacer una buena enseñanza, si el material es insuficiente y anticuado, si los laboratorios son escasos y reducidos, si los servicios clínicos no reúnen las condiciones que exige el estado actual de la ciencia y aún los principios más elementales de humanidad en lo que se refiere a la asistencia de enfermos? De qué sirve tener un espléndido, un monumental edificio para sede de la Facultad de Medicina, cuando lo fundamental es tener servicios clínicos bien montados y bien organizados, alrededor de los cuales se agrupen íntimamente los diversos institutos de enseñanza y de investigación, hoy lejos de aquellos, en su casi totalidad, viviendo como plantas exóticas una vida precaria, difícil, sin poder contribuir eficazmente a los fines de su creación? Cómo puede hacerse bien la enseñanza, si el estudio de la fisiología y de la anatomía patológica, de fundamental importancia, sin el cual la observación clínica carece en la casi totalidad de los casos del valor que debe tener, se hace mal o no se hace porque los institutos encargados de esa tarea se encuentran lejos de las clínicas, al lado de las oficinas de secretaría y del salón de actos públicos? Acaso no hubiera sido más lógico empezar por hacer un Hospital de Clínicas con sus institutos anexos al mismo? No hubiera sido de más proficuos resultados para la enseñanza de la Medicina y para la mejor y más abundante producción científica de nuestra Facultad?

Acaso, no es evidente que los numerosos problemas de fisiología patológica no pueden estudiarse hoy día con toda la corrección que sería de desear y que sería un deber practicar?

Acaso, no es evidente que la histología y anatomía patológica se hacen irregularmente y que el estudio anátomo-patológico de los casos clínicos, tan necesario para la rectificación, ratificación y complemento de las observaciones clínicas, se hace poco y mal? No sería otra cosa si se hubiera hecho con los demás institutos, lo que se hizo, por instigación decidida de nuestra parte, con el Instituto de Radiología? Acaso este instituto no es útil, no llena su misión debidamente, gracias a estar junto a los servicios clínicos, a los cuales presta rápidamente todos los beneficios que ellos necesitan para la buena enseñanza y para la buena asistencia de los enfermos?

Los actuales servicios clínicos por razones de humanidad para con los asilados y por razones pedagógicas, requieren mayor amplitud y mayor confort. No es posible hacer enseñanza cuando no es posible tener donde hacerla, de modo que todos los alumnos vean y oigan lo

que se enseña y puedan tomar una parte activa en todos los trabajos que se relacionan con el diagnóstico y el tratamiento de los enfermos.

Y cómo llegar a satisfacer esta necesidad, doblemente sentida, como decíamos, por razones pedagógicas y por razones de humanidad? Mejorando cualitativa y cuantitativamente nuestros servicios de enseñanza; uniendo a la buena organización la amplitud y la abundancia de material que les permita llenar debidamente su rol científico y humanitario; creando un completo y moderno Hospital de Clínicas con sus Institutos anexos, destinados a hacer y a perfeccionar la preparación técnica de los estudiantes y a practicar las múltiples y variadas investigaciones que nos proporciona el estudio del organismo humano normal y patológico; rompiendo, en una palabra, el molde, ya anticuado, que nos sirve para formar a nuestros profesionales.

Dejemos para otros fines lo que sirvió hace cerca de medio siglo para la enseñanza realizada por una Facultad, muy digna, pero muy incipiente e incompleta, y habremos conseguido ponernos a la altura de la época actual, haciendo desaparecer las lagunas de que adolece hoy día la enseñanza médica del Uruguay.

No es una verdad, acaso, reconocida por todos, que la mayoría de nuestros servicios clínicos son impresentables, que nos sonrojamos cuando tenemos que mostrarlos a un médico extranjero y que tenemos que pedirle benevolencia en el juicio que pueda hacer de nosotros por el estado en que ellos se encuentran? ¿No es una mancha para nuestro país tener para la asistencia de enfermos y para la enseñanza de la medicina, esos depósitos donde se hallan hacinados los pacientes en salas y corredores desprovistos de las condiciones de higiene más elementales; donde la mayoría de las salas de operaciones y de curaciones son inadecuadas para llenar su objeto; donde los estudiantes casi nunca ven, no diré los detalles, sino los diversos tiempos de una intervención quirúrgica; donde los servicios de medicina y de cirugía no tienen sus grandes y completos anfiteatros para hacer demostraciones, ante un número crecido de alumnos, de curvas térmicas, de la respiración, del pulso, de trazados electrocardiográficos, de preparaciones microscópicas de histología normal y patológica, de esquemas, negativos y positivos radiográficos, de análisis químicos, y de exámenes bacteriológicos, como lo exige toda buena enseñanza?

¿Acaso es posible hacer esta enseñanza clínica solo con el examen del enfermo ante el número limitado de estudiantes que tienen la suerte de estar más cerca del profesor? El estudio de los casos, y la enseñanza que se desprende de este estudio, no es posible practicarla sin demostraciones objetivas completas para todos los alumnos, tanto para aquellos que tengan más suerte o más fuerza en los codos para

ganar los sitios de preferencia como para aquellos que, por cultura o por timidez, tengan que quedarse en una vigésima fila.

¿Es posible hacer bien la enseñanza de la medicina y la asistencia de los asilados, en hospitales que carecen de servicios bien organizados de hidroterapia, masoterapia, mecanoterapia, etc., en hospitales donde no hay sitio para instalar un servicio especial destinado a tratar científica y humanamente a esa numerosa legión de desgraciados cancerosos incurables, cuando nuestro país tiene más de mil defunciones anuales por esa enfermedad; en hospitales donde, a pesar del generoso empeño de sus autoridades dirigentes para evitarlo, se ven hacinados en salas, corredores y sótanos, los enfermos de todas clases, agudos y crónicos, leves y graves, contagiosos y no contagiosos, constituyendo un espectáculo que trae a nuestra memoria, todos los días, el recuerdo de las escenas descritas por el sublime poeta florentino en su inmortal y divina comedia?

Y, a pesar de todo eso, a pesar de los incesantes clamores de la Asistencia Pública en demanda de recursos para poner rápido remedio a ese mal, a pesar de las protestas de médicos y enfermos, nunca llega el día en que los Poderes Públicos satisfagan esta justa demanda y llenen esa sentida necesidad. ¿No sería justo que además de los monumentos y certámenes que se piensa realizar en el primer aniversario de nuestra independencia, se hiciera y se inaugurara para esa fecha el Hospital de Clínicas? ¿No es justo y humano, acaso, escuchar y mitigar los dolores y los lamentos de aquellos que, alejados de la vida activa, separados del mundo por sus males, sufren luchando contra la enfermedad y la muerte?

No! Es tiempo ya que reaccionemos ante este estado de cosas, para que estas deficiencias que nos avergüenzan y que con tan buen tino sabemos ocultar al extranjero, no demuestren nuestra cristalización en un período pretérito de la ciencia y de la asistencia médica.

Se impone, pues, como una realización que no admite demoras, como una necesidad nacional, para la buena organización de la enseñanza y la mejor asistencia de los que sufren, la creación del Hospital de Clínicas.

Con él habremos conseguido solucionar muchos de los problemas pedagógicos que hoy agitan a nuestra Facultad; con él podrá ser más numeroso el personal docente, más completo y eficiente la enseñanza y más humanitaria y científica la asistencia de los enfermos.

Fue inspirados en este ensueño de progreso, en este ideal de perfección, para la Facultad de Medicina y para la Asistencia Pública de nuestro país, que insistimos en las asambleas celebradas por el Cuerpo Médico, en Mayo del corriente año, sobre la absoluta necesidad de

crear ese hospital y de iniciar con ese fin, en la primera oportunidad, una gran colecta nacional.

Si el pueblo uruguayo ha contribuido generosamente a aliviar los dolores ajenos, no está más obligado a mitigar los dolores y a reparar las deficiencias propias?

Pero, esta empresa que es grande y difícil necesita de una fuerza irresistible para triunfar: necesita del entusiasmo generoso y avasallador de nuestra juventud estudiosa, que la sé soñadora para el ideal y pujante para la acción. Sin la contribución decidida de vuestras energías, difícil será llevar adelante la obra y difícil será levantar, en día no lejano, ese nuevo templo a la Medicina, que tanta falta nos hace y que tanto anhelamos. Resolved, pues, sin dilaciones, apoyar al Cuerpo Médico en esa meritoria tarea, con todo el entusiasmo de que sois capaces y con toda la fe que sabéis tener por las causas justas.

Con ello demostraréis cuanto significa para vosotros el porvenir de la Ciencia Médica Nacional!

Podrá decirse que con un solo hospital de clínicas, modelo para la enseñanza y para la asistencia no se alcanzará a realizar éstas, en todas sus ramas, de una manera satisfactoria o perfecta; que siempre habrá servicios hospitalarios deficientes donde el médico, el estudiante y el enfermo no sacarán mayores beneficios.

Pero, creemos que por no poder hacer lo más no debemos dejar de hacer lo menos; creemos, - y estamos convencidos de ello - , que los años que pasen los alumnos por un hospital de clínicas, montado como lo exige en la hora actual, la medicina y la pedagogía, serán suficientes para que su preparación sea más fácil, más rápida y más completa que la que hoy obtienen en los escasos y deficientes servicios que poseemos, con excepción de nuestra bien organizada Maternidad.

Completemos la obra, con el concurso de la Asistencia Pública, transformando todos esos servicios hospitalarios, hoy infecundos para la enseñanza, para la investigación y para la producción científica, en servicios clínicos útiles, en fuentes permanentes de ciencia, donde médicos y estudiantes puedan satisfacer con amplitud su sed insaciable de conocimientos nuevos.

Pero hay algo más, de imprescindible necesidad para que el estudiante llegue a sacar el beneficio más completo en su pasaje por las clínicas, y ese algo más es: que la vida del estudiante corra, en todo lo posible, al lado del enfermo. "Desde la inscripción en la Facultad, la frecuentación cotidiana del Hospital es indispensable" dice con razón Le Gendre. Y agrega el mismo autor: "Eso es al principio un hábito a tomar; para todos los estudiantes que tienen verdaderamente la vocación de la Medicina práctica, ese hábito será tomado fácilmente; ellos se sentirán desde el primer momento sobre su terreno, y las horas pasadas en las salas de enfermos les parecerán las mejores del día".

Trousseau, con toda su gran autoridad, ha dicho: “Yo pido, que el joven estudiante asista todos los días a una visita de hospital; es preciso ver, siempre ver, enfermos”.

Pero, creemos nosotros que, es necesario interesar al alumno, desde que empieza a concurrir a las clínicas, en el estudio prolijo de los enfermos, ligándolo intelectual y moralmente a uno o varios de ellos. Y en estos primeros pasos, el profesor y sus ayudantes, deberán ser los guías atentos y pacientes que enseñen metódicamente la mejor manera de interrogar, de examinar y tratar al enfermo; deberán ser los que enseñen a valorar y a anotar los elementos que nos suministra la evolución diaria de la enfermedad y su influencia sobre la terapéutica a seguir y sobre el pronóstico a hacer así como las ratificaciones o rectificaciones del diagnóstico por medio de las necropsias.

El objetivo de todo estudiante laborioso debe ser el ensanchar, el hacer más importante su acción en las clínicas, mayores sus responsabilidades, pasando de simple alumno, a los cargos de externo y después de interno de los servicios hospitalarios, pues solo de ese modo adquirirá una sólida preparación para el noble y difícil ejercicio profesional.

Esta práctica diaria, perseverante e inteligente, marchando de acuerdo con el estudio de la patología y teniendo como base las materias fundamentales de la Medicina, constituirán poco a poco, como los trozos de piedras ocultos y colocados ordenadamente bajo la tierra, los cimientos perdurables de su obra científica del futuro.

La aspiración de todo estudiante que tenga conciencia del elevado rol que va a desempeñar en la sociedad, nunca deberá ser el obtener el diploma médico sino merecerlo, y no lo merecerá sino aquel que haya visto bien de cerca las patologías y la terapéutica a través de las clínicas.

Es por eso que se impone la existencia del externato y del internato, como medio eficaz para la buena preparación técnica de los futuros médicos y que se impone la multiplicación de esos puestos, dentro de nuestros hospitales, como el desideratum para el verdadero aprendizaje de la medicina práctica.

El rol de los externos obligándolos en los servicios de medicina, a recoger las observaciones de los enfermos nuevos, a practicar el análisis de las orinas, a mantener al día las cuadrículas, a ejecutar exploraciones simples al principio, después más complicadas, según su antigüedad y su grado de instrucción, - bajo la vigilancia del interno y del jefe de servicio, - las punciones fáciles de ascitis, de derrames pleurales, las inyecciones hipodérmicas y mismo intravenosas, les hace adquirir insensiblemente la habilidad técnica que debe poseer todo buen médico. Y si a esto agregamos lo que pueden hacer en los servicios de cirugía: practicar curaciones simples al principio y más

complicadas después, poner aparatos enyesados, hacer anestias y servir de ayudantes en las reducciones de luxaciones y fracturas y en algunas intervenciones quirúrgicas, y mismo practicar la pequeña cirugía, veremos la importancia enorme de esas tareas en su preparación profesional. Y si en estos trabajos llegan a demostrar inteligencia, dedicación y seriedad, su campo de acción puede aún ensancharse, poniéndolos en condiciones de llegar fácilmente al internato, jerarquía que encierra tareas y responsabilidades de una influencia enorme, decisiva, sobre el porvenir de los estudiantes que pasan por ellas.

El Internato! He ahí el último y el primero de los cargos que debe desempeñar todo estudiante que tenga verdadera vocación por la medicina! Será el último en el transcurso de su vida escolar dentro los hospitales, y será el primero por los grandes beneficios que le proporcione en su formación técnica.

En efecto, el interno, durante sus guardias, en contacto íntimo con sus enfermos, siendo su verdadero confidente, siendo una esperanza y un consuelo para el que sufre, puede hacer en las horas tranquilas que suceden a las agitadas de clases, sus interrogatorios detenidos y sus exámenes prolongados. Él será el primero en recibir a los enfermos de su servicio y en obtener los primeros informes de ellos y de sus acompañantes.

Durante sus guardias tendrá que resolver con frecuencia importantes problemas de medicina y de cirugía de urgencia, y tendrá en las iniciativas que tomar la responsabilidad de su conducta, responsabilidad que le obligará continuamente a llenar las deficiencias de su preparación. Con ardiente interés buscará en los libros, o en los compañeros más experimentados, las soluciones más adecuadas a los casos urgentes o a los casos oscuros que deba estudiar o tratar.

¡Qué poderoso acicate constituye para él esta noción de la responsabilidad; qué hermoso estímulo para ensanchar el horizonte de sus conocimientos!

Pero, el estudiante en el internato, no sólo puede llegar a la perfección en su formación técnica, sino que puede llegar a robustecer su personalidad moral. Con el contacto diario y estrecho con los jefes de servicio, que le enseñarán la medicina y cómo se hace la medicina y con la necesidad de dirigir los alumnos y el personal de las salas, su formación moral se completará por lo que reciba de unos y por lo que exija de otros.

En sus reuniones en las salas de guardias, cuántas horas gratas e inolvidables pueden transcurrir, cuánto intercambio de impresiones y de conocimientos, en medio de discusiones a veces solemnes, a veces jocosas, sobre casos diversos y sobre temas que abarquen la mayor parte de los conocimientos humanos!

Y si a esto los internos agregan, impulsados por el espíritu de unión y por el amor al trabajo su sociedad donde periódicamente presenten y discutan sus temas de patología, sus casos clínicos, sus trabajos de laboratorio, sus cuestiones filosóficas y literarias, habrán hecho la obra intelectual de más valer para sí propios y, por consiguiente, para la clase médica del futuro.

Más aún: es necesario que se arraigue en el interno la costumbre de llevar sus trabajos y observaciones escritas bien ordenadas y meditadas, con las investigaciones bibliográficas correspondientes, más allá, a las mismas corporaciones médicas, bajo el patrocinio de los elementos que forman parte de ellas, de modo a fortalecer el hábito o las condiciones para la producción científica, hoy tan pobre y tan poco estimulada en nuestro país.

Jóvenes estudiantes! Médicos del porvenir!: estudiad y trabajad con entusiasmo y con método para que cuando lleguéis a los últimos años de vuestra carrera universitaria y al ejercicio de vuestra noble profesión después, seáis factores eficientes en la producción médica nacional! Conservad siempre, para ello, la perseverancia en la acción y la fe en el ideal de vuestra juventud, porque al decir de Rodó, de nuestro más noble artista del pensamiento y de la palabra: "la juventud que vivís es una fuerza, de cuya aplicación sois los obreros, y un tesoro de cuya inversión sois responsables. Amad ese tesoro y esa fuerza; haced que el altivo sentimiento de su posesión permanezca siempre ardiente y eficaz en vosotros". De ese modo contribuiréis a que el nombre de nuestro país ocupe un digno lugar en el mundo científico y que nuestra Capital merezca la designación de la Atenas sudamericana, como algunos la han llamado, comparándola a aquella inimitable ciudad de la antigua Ática.

Aún existe otra importantísima contribución, de parte vuestra, para alcanzar este noble propósito: la tesis, pero la tesis hecha como producto de vuestras observaciones clínicas de interés o de vuestras observaciones experimentales practicadas en el laboratorio, durante la vida de estudiantes, y como un aporte de hechos nuevos a nuestra incipiente ciencia médica nacional. Con ese trabajo llegaréis a familiarizaros con la paciente investigación bibliográfica, tan importante para el comienzo y terminación de los trabajos que hagáis en el porvenir. La tesis o memoria facultativa, presentada al final de la carrera, será un medio también para distinguir a los que realmente han trabajado con provecho de aquellos que solo buscan la aprobación de los exámenes, y la rápida conquista del diploma, con una preparación superficial a base de ciencia puramente libresca. Con ello, y dado el tema que se desarrolle en la misma, se podrá demostrar la inclinación y la competencia para dedicarse al estudio y al ejercicio de una especialidad. Es éste un medio que presenta indiscutibles ventajas

para los buenos estudiantes, para los que tienen verdadera vocación por su carrera.

Pero ya que hemos hablado sobre la importancia de los cargos y de los trabajos que debe ocupar y realizar el estudiante, mientras transcurre su vida universitaria, creemos oportuno hacer algunas consideraciones sobre los medios para llegar a ocupar esos cargos y sobre los recursos para obtener el caudal de conocimientos que los lleve más fácilmente a la conquista de los mismos. El medio para llegar al externato y al internato deberá ser, a pesar de los ataques de que ha sido objeto, el concurso, con programas bien adecuados a cada caso. Con el concurso, aunque puedan cometerse algunas injusticias, que serán excepcionales, siempre podrán llegar a la meta de sus aspiraciones, los que realmente valen, los que no necesitan del pistón empleando la palabra de los estudiantes franceses, para abrirse camino dentro de sus compañeros y llegar, como los *arribistas*, antes de tiempo, antes de que por su competencia y su laboriosidad lo merezcan.

Cuales son los recursos que el estudiante de Medicina debe emplear para obtener la preparación más perfecta para el concurso y, en general, para alcanzar el doctorado? Son muchos y ya nos hemos ocupado de alguno de ellos; pero, quiero insistir sobre la necesidad de que no dejéis correr el tiempo en las clínicas y en los laboratorios sin que cada hora signifique para vosotros una adquisición nueva y para que el balance cotidiano de la labor realizada equivalga a una satisfacción diaria para vuestro espíritu. No dejéis jamás temas o casos dudosos o desconocidos sin aclararlos por las explicaciones de los superiores o por las descripciones de los buenos libros. Procurad al hacer el estudio de ellos, como de toda cuestión científica que queráis aprender y grabar bien en vuestro cerebro, e llevar al papel una síntesis exacta de lo que habéis leído o aprendido. Tratad de hacer de este recurso para la adquisición de conocimientos un hábito arraigado durante toda vuestra vida.

Será también de gran utilidad para vosotros, en la preparación de los concursos, la dirección de aquellos que, por su experiencia anterior y por su competencia en los temas a estudiar, puedan guiaros con provecho. De ahí la ventaja de las conferencias del externato y del internato que, dictadas por médicos o antiguos internos, pueden contribuir eficazmente a la buena preparación para dichas pruebas.

Pero, basta tener una organización perfecta de la enseñanza, basta tener un profesorado inmejorable y un material pedagógico completo, para que el estudiante llegue a ser un buen médico? Hemos dicho, y lo volvemos a repetir, que en su preparación es necesario que marchen paralelamente la formación técnica y la formación moral, que se le dote de todos los conocimientos científicos para el cuidado del

enfermo, así como de todos los hermosos preceptos de la moral médica, para que pueda ejercer dignamente su profesión. El estudiante debe tener y robustecer ciertas cualidades morales si quiere estar seguro del éxito. Las tres fundamentales son la bondad, la paciencia y la discreción, a las cuales deben agregarse también la prudencia, el valor en todas sus formas, y la honestidad profesional. Con todas ellas llegará a cumplir fielmente los deberes a que le obliga la deontología médica, cuya enseñanza completa debiera ser objeto de un curso especial en nuestra Facultad, como complemento indispensable para el buen ejercicio de la elevada y compleja misión que tiene que desarrollar en la Sociedad.

Con esta enseñanza, cuántas transgresiones a la ética profesional, hoy tan frecuentes, podrían evitarse? Cuántas inmoralidades, - desde aquellas por simple descuido, indiferencia o inconciencia, hasta las inmoralidades de hecho, - serían purgadas de otro modo por nuestros profesionales y recibirían las sanciones que deben merecer?

Pero, no podemos aquí ocuparnos de esta cuestión, tan importante, porque requeriría alargar demasiado este trabajo, - con probabilidades de fatigar demasiado vuestra atención, - sin tocar algunos otros puntos de los cuales deseo hablaros, aunque sea brevemente y quiero referirme, en primer término, a la cultura general que debe poseer el estudiante y el médico; a la necesidad de evitar el peligro de engolfarse solamente en la medicina, descuidando el cultivo de las otras ciencias y de las artes; de evitar la tendencia que puede llevar, como lo ha dicho muy bien Augusto Comte, a ser espíritus "muy capaces bajo un aspecto único o monstruosamente ineptos bajo todos los otros".

Los hombres de ciencia, como los hombres de arte y como los hombres de acción, nunca deben olvidar que la cultura unilateral equivale al desarrollo incompleto de las nobles facultades del espíritu, que equivale a la mutilación de su ser. Aspirad, pues, jóvenes estudiantes, al desarrollo armónico de todas esas facultades, procurando conocer y estudiar todas las elevadas manifestaciones de la inteligencia y del saber humano. "Hay una profesión universal, que es la del *hombre*", ha dicho Guyau, y esa profesión que todos estamos obligados a ejercer, solo podrá practicarse bien, con la adquisición de los más variados y con el mayor número de conocimientos generales. Procurad, con perseverancia, llenar las lagunas que a ese respecto presente vuestro espíritu; procurad ensanchar el horizonte de vuestra preparación con el estudio de la literatura y con el cultivo de las Artes. No es concebible que un médico desconozca las obras clásicas y los autores o artistas consagrados por la fama! Jamás podrá desempeñar dignamente su misión social, si ignora quien fue un Shakespeare o un

Víctor Hugo, quién fue un Wagner o un Beethoven, para no citar más que nos cuantos!

Y no solo debe poseerse esa cultura general como un perfeccionamiento indispensable para el profesional, sino que el cultivo de las Artes constituye también una necesidad higiénica para el cerebro fatigado por el continuo trabajo intelectual. Con la variedad de vibraciones llegadas a él, de naturaleza muy distinta, parecería que la célula nerviosa experimentara un cansancio menor, y hasta un alivio. Está comprobada la acción benéfica de la música sobre la fatiga producida por el estudio prolongado, y la conveniencia de hacerla u oírla diariamente, como lo aconsejaba un ilustre médico vienés, el profesor Politzer, a los médicos y estudiantes, cuando abandonó, para jubilarse, la cátedra que había desempeñado con tanto brillo durante muchísimos años.

Ese elevado concepto sobre la cultura general del estudiante y del médico, ha sido admirablemente expresado por el maestro de nuestros intelectuales cuando dice en aquella brillante frase: "Ser incapaz de ver de la Naturaleza más que una faz, de las ideas e intereses humanos más que uno solo, equivale a vivir envuelto en una sombra de sueño horadada por un solo rayo de luz". Ha sido la exacta comprensión de ese ideal, lo que llevó, sin duda, a nuestro actual Decano a la realización de aquellas conferencias científico-literario-musicales, que, por significar una innovación tal vez demasiado elevada para el medio, fue combatida sin ser comprendida, como ha sido resistida la noble idea de las investigaciones científicas, del desarrollo de la medicina experimental, con el falsísimo y vulgarizado concepto de la educación que la imagina subordinada exclusivamente al fin utilitario, y que proscribía de la enseñanza todo elemento superior y desinteresado.

Con la enseñanza así entendida y así practicada, habremos preparado los elementos que se requieren para el progreso de nuestra ciencia médica nacional; pero será aún necesario que el espíritu de asociación nos una, nos congregue, para hacer efectiva y fecunda la producción científica. Es necesario, pues, no solo tener, sino dar vida activa a las corporaciones médicas, encargadas ya de intensificar esa producción, ya de velar por los intereses profesionales de todos y de cada uno de sus miembros. Ha sido respondiendo a ese fin elevado e impersonal que, con un grupo de colegas bien inspirados, hemos propuesto la creación de nuevas corporaciones médicas y la federación de todas ellas, para que el Uruguay no deje de tener la colmena de intelectuales que se dedican a la Medicina, de donde salga en abundancia el dulce y exquisito producto de su cultura superior. Es nuestro anhelo tener reunidas en un centro adecuado y en constante actividad las hoy dispersas y pequeñas sociedades que hacen ciencia,

para que de ese zumbido permanente nazca el estímulo para el trabajo y la producción, que tanta falta nos hace para marchar en armonía con el movimiento científico de los países vecinos. A ellas también será donde vosotros podréis llevar, bajo el patrocinio de sus miembros, el producto de vuestras observaciones y de vuestro raciocinio, donde podréis ejercitaros para las justas futuras de vuestra vida médica.

Como entidades nuevas para nuestro medio hemos creído necesario la fundación de dos que reportarán evidentes ventajas para la clase médica: el Sindicato Médico y la Academia de Medicina. El primero os servirá, cuando entréis al ejercicio de la profesión, para la defensa de vuestros intereses morales y materiales y para el mejoramiento de vuestra situación dentro de la Sociedad. Él os amparará contra la explotación de las sociedades de asistencia y del público en general, como contra las transgresiones a los preceptos de la moral profesional de que seáis víctimas; él os socorrerá en caso de enfermedad o vejez, así como a vuestra familia en el caso de muerte.

La Academia de Medicina tendrá un fin muy distinto, pero no menos elevado. Ella estará destinada a premiar con el título de académico a los que se hayan destacado notoriamente por su competencia y laboriosidad científica, ya sea en el profesorado como fuera de él; ella servirá de recompensa para aquellos que vean en la medicina algo más que un oficio, algo más que un medio de vida, sin una finalidad superior; ella servirá para premiar y consagrar a los que, con un elevado concepto de su misión, hayan hecho obra valiosa para la dignificación de su país.

Juventud estudiosa: como Ariel triunfante, que significa idealidad y orden en la vida, noble inspiración en el pensamiento, desinterés en moral, buen gusto en arte, heroísmo en la acción, delicadeza en las costumbres, tratad de contribuir, ahora y siempre, con una clara visión del porvenir y una veneración piadosa del pasado, al constante perfeccionamiento de la enseñanza de la medicina, a la mayor extensión de la cultura general y a la creciente fecundidad de la producción científica del Uruguay.

He dicho.